

MATRIOSKA

I - EL SILENCIO

Inés abrocha con mimo el casco de Rubén que, sentado en el arriate, espera impaciente el momento de estrenar su bicicleta. El olor del jazmín le recuerda que es época de comuniones, aunque ellos todavía tendrán que esperar unos años.

En los jardines vecinos huele a rosas y geranios, a claveles y azahar.

La amplia terraza, repleta de setos, faroles y macetas, no permite el lucimiento de Rubén que apenas puede dar tres pedaladas seguidas sin tener que poner pie en tierra.

Inés, ajena al desencanto del crío, realiza fotos sin parar desde todos los ángulos posibles; Daniel, su marido, debe conocer con detalle el viaje iniciático de su hijo en el mundo de las dos ruedas.

Ante la insistencia de Rubén, la madre accede a dar una vuelta por la calle. Es una zona residencial cerrada al tráfico exterior. No hay ningún peligro. Ella irá andando junto a él.

Media hora de carreras y de risas es señuelo suficiente para que Inés se atreva a tomar nuevamente la cámara mientras el hijo, con valentía, boceta su primera curva.

Pequeños trozos de asfalto degradado junto al bordillo impiden la adherencia necesaria para efectuar la maniobra.

Una caída, un golpe seco y, como un tallo tierno, el cuello se quiebra.

No hay sangre. No hay vida.

Un solo grito, arrancado de las entrañas, se transforma en eco que penetra por las sienas hasta fundir el sentido de la razón.

Pilas de cajas sin abrir se esparcen por todo el piso, a excepción de una pequeña habitación donde todo es orden y armonía. Imágenes de santos y fotografías cuidadosamente enmarcadas cubren la pared frontal, precedida por un pequeño altar

cubierto de velas que iluminan el retrato del hijo perdido. En este santuario de paz confirma Inés, a diario, la llamada del Padre sobre el Ángel.

Quien no encuentra consuelo busca refugio en la huida, aunque las venas abiertas nunca dejarán de sangrar.

—¡Inés, por amor de Dios, tenemos que hacer algo! ¡Esto me está matando!

—Es un niño que inspira mucha ternura... Al principio puede parecer un poco introvertido, normal si pierdes a tus padres a los dos años de edad y ningún familiar se ocupa de ti... Pero cuando recibe cariño lo devuelve con creces... Es un chico listo... Aprenderá rápido vuestro idioma... Estamos seguros de que es una gran oportunidad para todos.

La voz metálica de la traductora traslada a Daniel, paradójicamente, al teatro negro de Praga, un espectáculo mudo de luces y sombras que tanto le maravilló en el viaje de novios, fue la única vez que ellos...

—Éste es Dimitriv.

La frase, esta vez en castellano, de la directora Olga Svalenka lo devuelve de inmediato al orfanato de Spassk. Un pequeño ángel, rubio, de ojos azules, asoma tras el regazo de una cuidadora.

II - AL OTRO LADO DEL SILENCIO

Hola, mi nombre es Rubén y os voy contar la historia de mi vida. Ahora tengo o debería tener, no sé muy bien, diez años. Ése que va a entrar ahora en la habitación es mi hermano Dimitriv. Bueno, me voy a callar porque se podría a llevar un susto de muerte, ja, ja, ja. Después os seguiré contando...

—Gracias por haberme traído aquí. —La voz de Dimitriv es apenas un susurro mientras se inclina tímidamente hasta posar sus labios sobre el cristal y esperar el instante en que éste le devuelva el vapor de agua a su mirada. Agarrado a las tiras de la mochila se gira con suavidad para asistir, extasiado, al silencioso baile de sombras—. Hasta luego, hermano. Ahora tengo que ir a la escuela.

Bueno, será mejor que empecemos por el principio. Lo que os voy a contar ocurrió hace tres años, aunque yo lo recuerdo todo muy confuso. Fue a principios de mayo. Era mi primer paseo en bicicleta, y resultó ser también el último. La verdad es que yo no sentí ningún dolor, pero mamá sí, ella sintió muchísimo dolor.

A partir de aquel día papá y mamá apenas hablaban. Unas semanas más tarde mamá dijo que no quería vivir en aquella casa, en la que había sido nuestra casa; decía que si seguía pasando por la misma calle se iba a volver loca. Entonces vendieron la casa y mamá empezó a ir todos los días a la iglesia. Después preparó una habitación para mí y viene todos los días a hablar conmigo. Aunque si os digo la verdad, la decoración me parece horrorosa; pero, claro, a ella no se lo puedo decir porque se pondría más triste todavía.

Papá, en cambio, iba todos los días al bar. Y cuando llegaba a casa se acostaba sin cenar. Yo sabía cuándo estaba dormido porque escuchaba sus ronquidos. ¡Roncaba muy fuerte! Así pasaron muchos meses. Hasta que una noche, al volver del bar, empezó a llorar y a llorar...

A partir de ese día volvieron a estar juntos, papá ya no iba al bar y se quedaba todas las noches con mamá. Poco a poco empezaron a hacer planes, como hacían antes, y decidieron hacer un viaje. Estuvieron muchas tardes y muchos fines de semanas planeando a dónde ir y, al final, decidieron marcharse a Rusia. ¿A Rusia? ¿Mis padres? Sí, a mí también me extrañó mucho, claro que después lo comprendí y me alegré mucho.

Y cuando regresaron, me trajeron el mejor regalo de toda mi vida.

Dimitriv viene todas las mañanas para saludarme antes de irse al colegio y, cuando vuelve, me cuenta todo lo que ha aprendido y los amigos que tiene. Al principio, creo que se asustaba un poco porque un día le gasté una broma y apagué una vela, pero ya

se ha acostumbrado. Y muchas veces jugamos a ver quién apaga más velas. Lo único malo es que mamá siempre le riñe a él, ja ja ja.

Bueno, será mejor que me calle porque ya escucho los pasos de mamá.

III - UN GRITO AL OTRO LADO DEL SILENCIO

Inés, como quien oculta un tesoro, se aproxima con sigilo al retrato de Rubén. Lleva un paquete rectangular envuelto en papel de regalo que coloca con mimo a los pies del altar.

—Hola, mi niño. ¿Sabes qué día es hoy? Hoy es el Gran Día. Dimitriv habla ya perfectamente el castellano y es el momento de que paséis más tiempo juntos. Seguro que os vais a llevar de maravilla. Ya he montado la bicicleta en el coche y me está esperando para dar su primer paseo. No te preocupes que todo va a salir bien. —Gira la cabeza varias veces en dirección a la puerta y, por un instante, se lleva el dedo índice a los labios; su voz es apenas un susurro—. He cortado las cintas del casco y vamos a ir por la cuesta del río. —Seguidamente encoge los hombros y gira las palmas de las manos hacia arriba en un gesto indefinido que, grotescamente, tiene más apariencia de súplica que de perdón—. Y como todavía no sabe nadar... Bueno, después te sigo contando y ya desenvolvemos el regalo juntos. —Hace amago de irse, pero se vuelve inmediatamente—. Bueno..., te lo voy a decir, que no me puedo guardar ningún secreto contigo; es una foto de Dimitriv con un jersey igualito que el que tú llevas, para que vayáis los dos a juego y todo el mundo sepa cuando os vea que sois hermanos. Aunque tú estás mucho más guapo. Tú siempre serás mi niño.

Una voz de llamada la alerta de que debe salir de la habitación.

En las prisas de la huida no advierte que, a cada paso, se va marchitando una vela y, al dejar la puerta atrás, la negritud ha consumido la totalidad del santuario, transformándolo en una cueva, en una fría cueva para murciélagos ciegos.